

EL LUJÁN DE LOS AMEGHINO



DEDIER N. MARQUIEGUI

CONICET. Universidad Nacional de Luján, Ruta Nacional 5 y Av. Constitución, 6700 Luján, Argentina.
dedier@coopenetlujan.com.ar

Resumen. En el presente artículo se describen las características salientes de Luján de mediados del siglo XIX, que recibió a la familia Ameghino. En ese sentido se propone reconstruir el contexto social y familiar en que creció su hijo mayor, Florentino, que delimitan las condiciones de posibilidad donde comenzó a configurarse el perfil de una de las personalidades más relevantes del mundo científico argentino decimonónico.

Palabras clave. Luján. Siglo XIX. Inmigración genovesa. Familia Ameghino.

Abstract. LUJÁN AT THE TIME OF THE AMEGHINOS. This paper describes the characteristics of the Luján village in the mid-19th century, where the Ameghinos settled and lived. The social and family contexts are reconstructed in relation to the growing up of Florentino, the eldest son of the family. These contexts delimited the conditions of possibility where he began to develop the profile of one of the most relevant scientific personalities of Argentina in the 19th century.

Key words. Luján. 19th century. Genovese immigration. The Ameghinos.

LA VILLA DE Luján, lugar adonde iniciada la década de 1850 habían de radicarse los miembros de la familia Ameghino, atravesaba por entonces un período de resurgimiento. Una época de expansión marcada por el crecimiento de la población, resultado del entrecruzamiento de nuevos y viejos estímulos, destacándose entre los primeros el renovado impulso producido luego de la caída en Caseros del gobernador Juan M. de Rosas. Un hecho que, tradicionalmente se considera, tuvo positivas derivaciones económicas, inaugurando en la región un continuado ciclo de llegadas de inmigrantes europeos. La novedad sin embargo, con ser cierta, lo es sólo parcial y según al grupo al que nos referimos porque, si es innegable que el padrón de 1836 contabilizaba en el partido de Luján la presencia de tan solo 17 extranjeros, más de la mitad de ellos residentes en el pequeño núcleo urbano de algo más de 900 habitantes e inconfundibles reminiscencias coloniales, reconocibles por ejemplo en la existencia dentro de él de un todavía consolidado grupo de negros y de mulatos herederos de los esclavos del antiguo régimen (Empadronamiento de la ciudad y la campaña 1836; Cortabarría, 1986), es cierto también que, apenas entrada la década de 1840, algunas de esas mutaciones en ciernes comenzaron a hacerse evidentes. Significativos cambios, como el incipiente desarrollo de una ganadería ovina, vinculada como antes al consumo interno pero además ahora a la producción de lana mejorada con destino al mercado externo. Un proceso que suele asociarse con el arribo y establecimiento en la región de la colectividad irlandesa, que es la que cobra mayor visibilidad relacionada con esa actividad, pero también en menor medida al de otras, como los vascos, también ligados a ese rubro encontrándose del mismo modo entre ellos desde modestos ladrilleros a opulentos comerciantes mayoristas, que desde sus almacenes de ramos generales recuperaron parte de la antigua preeminencia social que durante la colonia

ostentaron sus coterráneos pulperos, diversificando luego sus inversiones hacia otros ramos más rentables.

De todas maneras, si muchos rasgos del crecimiento del Luján que recibió a los Ameghino a comienzos de 1850, podían anticipadamente reconocerse en épocas anteriores, entre ellos el progresivo arribo de una emigración europea que ya se hace presente aún en el transcurso del gobierno discursivamente xenófobo de Rosas, no lo es menos que recién entonces esas novedades se revelaron en toda su potencia. Según el censo de 1854 la población urbana del partido, es decir la de la Villa, había crecido sostenidamente desde esos casi 1000 habitantes que eran sus moradores en 1836 a las 2644 personas registradas a mediados del nuevo decenio (Juzgado de Paz, Censo de Ciudadanos y Sementeras 1854). Había en el pueblo también, para 1854, 19 tiendas y 72 pulperías y almacenes mayoristas y minoristas, lo que ratifica el carácter comercial del poblado, evidente ya desde su condición intermediaria como lugar de paso obligado en el Camino Real durante el Virreinato. Pero además se registra la aparición de oficios artesanales en márgenes nunca antes observados, de carpinterías y herrerías, pero también de alarifes, de albañiles, sastres, zapateros o personas que ejercían gran variedad de oficios. Actividades que ofrecían renovadas oportunidades de trabajo para unos extranjeros que arribaban de manera creciente y que ya eran preferidos, sobre todo en el campo, desde el período precedente. Las razones eran claras, pues, si por un lado, supieron aprovechar las oportunidades creadas por el vacío demográfico inducido por el clima de conflictividad política generado por las guerras civiles y en menor medida de la independencia, produciendo un faltante de hombres en edad activa, un efecto agravado por las prácticas de reclutamiento y trabajo compulsivo a que estaba sometida la población autóctona a través de la papeleta de conchabo de las que se encontraban eximidos los inmigran-

tes europeos, por el otro, se debería agregar su mayor experiencia en oficios que ya habían ejercido en su lugar de origen lo que les otorgaba ventajas comparativas a la hora de ocupar nuevos empleos. Particularmente en un medio rural que había crecido más acentuadamente que la Villa, superando su población las 5000 personas, aunque ejerciendo efectos de arrastre sobre ella. El ejemplo más acabado de esa nueva influencia del campo, que se mantendría durante más de tres décadas, probablemente lo representen las trayectorias de los miembros más destacados de la colectividad irlandesa ligados a la expansión del lanar. Poco a poco se fueron transformando desde la modesta posición como poceros, peones o alambreadores, algunos más afortunados como arrendatarios y la mayoría, que no disponía de dinero para serlo, como propietarios de majadas en mediería o en tercería en tierras ajenas para convertirse después, mediante la utilización intensiva del trabajo familiar, en reconocidos estancieros, parte principal de los sectores más altos de la burguesía rural bonaerense (Sábato, 1989). Un derrotero que, a la par que los Brown, Ham, Dillon, Garrahan y Casey, intentaron recorrer mediante parecidas estrategias los integrantes de otros grupos muy minoritarios, como escoceses, galeses, belgas, ingleses o alemanes, protagonistas todos sin embargo de un proceso de expansión que le valdría a Luján la calificación como "... uno de los distritos laneros más importantes del país..." (Sábato, 1989, p. 232).

Claro que, mirando otra vez a la Villa, el auge del ovino necesitó del aprovisionamiento de insumos para la continuidad de su expansión, y en esa demanda debe verse aunque no de manera excluyente la causa del despegue de las actividades comerciales y artesanales urbanas que mencionamos antes. Esos nuevos nichos laborales no serían ocupados por los mismos grupos de emigrantes europeos de mayor visibilidad en el campo. En lugar de irlandeses, deberíamos hablar aquí de "españoles", no necesariamente vinculados a la retomada tradición colonial de los flujos vascos o catalanes, a los que se agregaran ahora aragoneses, gallegos y sobre todo sorianos, la de los franceses, que en realidad en su mayoría eran vascos del otro lado de los Pirineos y de "italianos". Ellos serían quienes asumieron el control de las nuevas profesiones y representaban en una época tan temprana algo más del 30% de la población urbana. En una curiosa distribución porcentual, pues el contingente que más inmigrantes aportó era el de los "españoles", en una proporción de dos por uno respecto a los pobladores de origen británico, sobre todo irlandeses y de tres por uno sobre franceses e "italianos", que serían a fines del siglo XIX abrumadora mayoría. Pero que en esta época apenas rozaban, cuando los alcanzaban, a los dos centenares de personas.

Llegados a este punto parecería innecesario hacer notar, aunque nunca está demás reiterarlo si haciéndolo evitamos reincidir en demasiado comunes equívocos que, cuando

describimos la situación de los "italianos" radicados en Luján a mediados del siglo XIX, estamos usando un eufemismo. Porque, salvo en la mente de algunos adelantados, no existía todavía un estado nacional que pueda reconocerse por ese nombre. Italia, como Estado, nacerá recién 20 años más tarde, al finalizar el proceso de unificación política del país con la toma de Roma en 1870, fecha desde la que esa ciudad se convertirá en la capital del nuevo reino. Aunque cabe dudar si, solo por ese acto formal de afirmación de una autoridad central, su sola aparición anula instantáneamente a las identidades preexistentes, o si ese será más bien el resultado de un proceso de larga duración. Una pregunta que aún hoy tiene vigencia, máxime si tenemos en cuenta en la actualidad la pervivencia (y no únicamente en la península sino, como rara paradoja de la historia, en toda la Europa globalizada) de multitud de identidades regionales y locales, cada una poseedora de su propia cultura y formas discursivas materializadas en la existencia de dialectos, que conviven mal con el idioma oficial de los estados, expresando a nivel simbólico la tensa relación, el equilibrio siempre en construcción entre el "Paese" y los "paeses" que aún subsiste. Pero, si eso sucede ahora, no hay dudas que es impropio referirse a la llegada de inmigrantes "italianos" en 1850, cuando Italia no existe. Sería más correcto explicar que los que vienen son emigrantes procedentes de formaciones estatales regionales y locales, sobre todo procedentes de Liguria, predominante aunque no excluyentemente de Génova.

Por otra parte, el desplazamiento de genoveses al Río de la Plata es una manifestación tardía de un vasto circuito de movimientos pluriseculares que, iniciados en el Mediterráneo, llevaron a sus pobladores a emigrar hacia lugares cercanos, como la costa toscana, el Piemonte incluyendo Marsella y los puertos del sur de Francia hasta Barcelona. O a aventurarse luego más a occidente, hasta las ciudades portuarias de la costa austral española, desde Cádiz y Sevilla a Gibraltar, y hasta los puertos del norte de África, a los enclaves de Orán y Argel en Marruecos, antes de volcarse al Atlántico, donde se integraron como destinos secundarios del otro lado del océano San Francisco (California), Río de Janeiro, Valparaíso y Montevideo, para llegar al Plata y sus afluentes (Devoto, 1994, 2006). No parecerá extraño pues que, precisamente por su larga tradición naviera y por la influencia de las redes de información que mantenían con sus parientes que habían arribado previamente orientándolos en la búsqueda de trabajo, que asumieran el control del tráfico fluvial del área, estableciéndose en ciudades portuarias como Buenos Aires, más exactamente en su conocido enclave de la Boca, Concepción del Uruguay, San Nicolás de los Arroyos y más adelante Rosario (Cúneo, 1940; Nascimbene, 1986; Chiamonte, 1988, 1991; Devoto, 1994).

LA LLEGADA DE LA FAMILIA AMEGHINO

Tal vez, conjeturamos, esa misma especialización laboral, pudiera demorar posponiendo para adelante su internación en los pueblos del interior de la provincia. Se trata de una hipótesis no convalidada en otros lugares, pese a que llegaron a Luján luego que a una Buenos Aires, donde apellidos como Belgrano y Castelli podían localizarse ya en el siglo XVIII, pese a que la Villa se encontraba y muy bien comunicada con ella a una distancia de tan solo 70 kms. Sea como fuera, fue en ese marco, que arribaron a ese preciso lugar Don Antonio Ameghino y su mujer María Dina Armanino, nativos de Moneglia, “el último de los pueblos de Génova”, en mi criterio, acompañados por su recién nacido hijo Florentino. Como a menudo sucede con la mayoría de los emigrantes de su mismo y otros orígenes no vinieron a ciegas, si no que fueron guiados hasta Luján por los hermanos de Don Antonio, Juan y Francisco, quienes ya residían aquí y habían arribado al país aparentemente en 1839 y 1850. Las primeras referencias documentalmente avaladas sobre la presencia de emigrantes ligueros en Luján datan de la década de 1840 aunque tratándose de inferencias cuantitativas derivadas de fuentes estadísticas no ofrecen certezas, sino solamente aproximaciones estimativas (Cacopardo y Moreno, 1994; Cacopardo 1997). Los hermanos de Don Antonio es probable también que, como casi siempre sucede en estos casos, guiaran su elección profesional, redireccionándolo hacia los “negocios”, probablemente hacia los mismos rubros que el resto de los emigrados procedentes del arco mediterráneo, que hacían su opción en la antigua Villa, insertándose predominantemente en el comercio minorista y a veces mayorista, en el artesanado y en el agro, sobre todo en la producción hortícola de subsistencia para la colocación de excedentes con destino al mercado local. Es conocido también que, su fraternales asistentes, lo orientaron además en la compra de la finca de la calle Las Heras 466 (Fig. 1), donde habría de fijar residencia el matrimonio con sus hijos. Estudios realizados en base a protocolos notariales probarían que la vivienda, en realidad un modesto rancho con cercos y sembradío, era propiedad de Juan Ángel Benítez y posteriormente de Nicolás Roldán, quien en 1855 la transfirió a Juan Ameghino, el encargado de venderla en 1857 por 3000 pesos a su pariente Antonio (Dorronzoro, 1950, p. 222). Si la familia paterna de Florentino residió allí desde 1855, y donde lo hizo el año anterior, luego de su llegada, no lo sabemos, aunque es probable que como es costumbre en estos casos que sus hermanos nuevamente ofrecieran una salida transitoria a este problema.

No importa si fue así porque, ya en posesión del lote y su precaria edificación, se comenzaron a hacer las modificaciones necesarias que adaptaran la siempre modesta construcción a sus nuevas funciones familiares, aunque se

trata de intervenciones carentes de pretensiones, realizadas con ladrillos asentados en barro. La fachada principal se compone de cuatro pilares de mampostería, a las que hay que adosar dos puertas laterales y dos ventanas con sus rejas. En el frente, en el centro destaca la presencia de un muy característico aljibe, que remite posiblemente a los orígenes de la propiedad, un pequeño jardín y, más adelante, el cerco con sus rejas que separan a la casa de la línea de edificación municipal (Ludueña, 2011). El sencillo interior presenta revoques de adobe mientras que, pasando por la calle lateral, llegamos al contrafrente, que precede al patio de atrás, con árboles seguramente destinados al autoabastecimiento de sus pobladores. La relativa simpleza del conjunto nos dice más de la evolución de la Villa que de sus habitantes pues si, en efecto, la población total del núcleo urbano había superado el año de llegada de los Ameghino a las 2500 personas y también las viviendas se multiplicaban, lo que no mejoraba era la calidad de vida de los hogares, la enorme mayoría de barro y paja, existiendo algunas pocas casas de azotea y menos aún de alto y tejas (Juzgado de Paz, Censo de Ciudadanos y Sementeras 1854). De manera que, salvo las adaptaciones funcionales necesarias para la vida cotidiana una familia con varios hijos, la casa no escapaba a las generales de la ley, a lo que debemos sumar su ubicación marginal, en los bordes de un pueblo que muy lentamente empezaba a quebrar las fronteras todavía reconocibles en su traza del ejido de la aldea colonial.

Claro que, si poco conocemos de las condiciones materiales de vida de la familia, probablemente algo más podemos saber del mundo social en que se movían. Un universo de relaciones que, como es lógico pensar, tenía como primera referencia a su propia comunidad de origen, con la que compartían idioma, cultura y lazos de sangre. Una prueba en ese sentido la brindan excavaciones recientes realizadas en los fondos de la propiedad, donde se encontraron envases de la licorería Monti consumidos por sus ocupantes. Ejemplo modélico del tipo de clientela a la que abastecía esa firma, cuya planta se encontraba en la intersección de Las Heras y el Boulevard La Plata rebautizado luego sintomáticamente Humberto I°, en homenaje al asesinado rey de Italia. Todo un símbolo pues la avenida delimitaba la zona donde comenzaban a desplegarse las quintas, habitadas primitivamente por italianos del norte y genoveses que se extendían hasta el ferrocarril, lo que no deja de ser un dato revelador de quienes fueron la clientela originaria de la “Casa Monti”. Es que, formados en los mismos hábitos de consumo, parece casi natural que los primeros compradores de la marca sean de la misma procedencia que sus dueños, constituyendo una especie de mercado cautivo reaseguro de su viabilidad, paso previo a su difusión entre la población nativa.

Esa constatación, sin embargo, de ninguna manera im-

plica que los Ameghino estuvieran cerrados a otras opciones relacionales dentro de la sociedad local. Sencillamente porque, y eso independientemente incluso del deseo de los actores que en ese escenario se movían, la convivencia forzosamente se imponía en un pequeño pueblo donde todos se conocían. Por otra parte, y pese a que la colonia italiana siguió creciendo alimentada por la continua llegada de genoveses, piemonteses y lombardos que incrementaban su peso demográfico al punto de ser la primera colectividad en tener su propia mutual, cuando en 1875 se creó la primitiva *Società Italiana di Mutuo Soccorso*, desprendiéndose luego de ella su teatro y escuela anexas aunque para ello debió pasar mucho tiempo. Es decir, no existían al inicio del proceso de escolarización del infante Florentino otras opciones para su educación que la renovada aunque modesta Escuela Elemental de Varones, duramente jaqueada durante la dictadura de Rosas (Ravignani, 1989). Con esto pretendemos mantenernos al margen del tan arduo como carente de sentido debate durante tantos años sostenido entre quienes pretendían dictaminar sobre la “argentinidad” o la “italianidad” de Florentino, por entero carente de significado porque parte de la demasiado elemental idea de la existencia de una identidad inmutable, determinada por el lugar de nacimiento. Más si tenemos en cuenta que cuando vino a la vida Florentino Ameghino ni Italia ni la Argentina existían como entidades estatales reconocibles en el sentido estricto del término, siendo antes bien Luján parte del estado de Buenos Aires, por lo que se trata de una discusión carente de términos de referencia. La escuela, indudablemente, debió haber sido un importante elemento de socialización, para el niño y su familia. Por lo demás, sería inútil reincidir en los detalles más conocidos de su vida, reseñados en sus biografías, acerca de su precocidad, su deseo por saber y comprender las incógnitas que a sus ojos presentaba la naturaleza. Una curiosidad que desbordaba las limitadas posibilidades de responderle satisfactoriamente de sus padres y maestros. Las referencias a sus primeras incursiones por las barrancas del río Luján de la mano paterna, sus reiterados hallazgos de fósiles sobre la que comenzaría a desplegar el esbozo de sus ideas, la presunción de la influencia de sus predecesores locales como Fray Manuel de Torres y, con más certeza, de Francisco Xavier Muñiz, interlocutor en su momento de Darwin, los trabajos fundacionales de la estratigrafía y paleontología argentinas, en la saga de los antes realizados por d’Orbigny, el propio Darwin, Doering y Burmeister, llevados a cabo con la ayuda de sus hermanos Carlos y Juan. Sus precoces lecturas guiado por sus maestros que lo llevaron a ampliar su manejo de idiomas, del italiano, el castellano y porque no del natal *zeneize*, al francés que aprendió de su profesor Tapié y de Carlos D’Aste, el director de la Escuela Municipal de Mercedes, donde se desempeñó ejerciendo las

funciones de magisterio a los 16 años, para ocupar luego el cargo de su maestro. La misma Mercedes donde publicó sus primeros artículos en la prensa local y sus libros, que le abrieron paso al mundo científico europeo. Cuestiones todas de gran importancia, pero que escapan a este artículo referido al Luján que fue testigo de sus primeros pasos, pero que nos muestran el carácter universal de la obra y el pensamiento de Ameghino, que desborda los estrechos marcos en que ha querido ser encerrado.

TAN CERCA, TAN LEJOS...

Luján continuó su proceso de crecimiento en las décadas de 1860 y 1870, como muy bien lo describen las memorias del recién llegado inmigrante soriano Carmelo Yangüez. Escrito que nos devuelve el perfil de un pueblo que es apenas algo más que una aldea, que reúne 3000 almas que habitaban la gran mayoría en casas bajas de barro y paja; de polvorientas calles que se disponían en cuadrícula siguiendo el modelo colonial español y se precipitaban sobre un río Luján de aguas todavía cristalinas (Fig. 1). En sus orillas un precoz Florentino Ameghino inició sus trabajos de excavación y encontró sus primeros fósiles. Un río que, parece necesario recordar, había sido el verdadero eje de la vida del pueblo durante su siglo y medio de vida, además de darle nombre a un culto bicentenario pero que recién comenzaba a remodelar su imagen y con ella la de la ciudad que lo rodeaba, que empezaba a desandar el camino que la habría de convertir en adelante en el escenario de peregrinaciones multitudinarias (Marquiegui y Binetti, 2005). Madurando una nueva personalidad, que crecía al mismo tiempo que el talento de Ameghino, alejándolo de esa tierra que alguna vez había sido suya. Sería precisamente en ese Luján, que había abandonado tiempo atrás pero en el que seguramente le costaba reconocerse donde, al amparo de las luchas entre laicos y católicos a mediados de 1880, haría su aparición la obra del padre Salvaire que fundamentó la construcción de la Basílica neogótica. Era esa nueva presencia, con su comercio asociado, la avenida procesional, las recovas y los paseos ribereños que surgieron después (Gutman *et al.*, 1996; Marquiegui y Fernández, 1996, Piccinato *et al.*, 1996), lo que él repudió en tanto lugar de entronización de un espíritu religioso que entendía contrario al despliegue de la ciencia moderna. Esa percepción, dicha sea de paso, por razones menos filosóficas, no lo era solamente suya si no compartida por otros, como el ya mencionado Yangüez, que solía contraponer a ese presente oscuro, con el del otro Luján, el de la producción al que ellos habían llegado y ayudado a edificar junto a otros tantos inmigrantes. Apenas quedaba de ese impulso, creía Yangüez, algún testimonio aislado, como esa fábrica en Jáuregui que daba trabajo a cantidad de gente, pero cuya modalidad católica y paternalista de organización

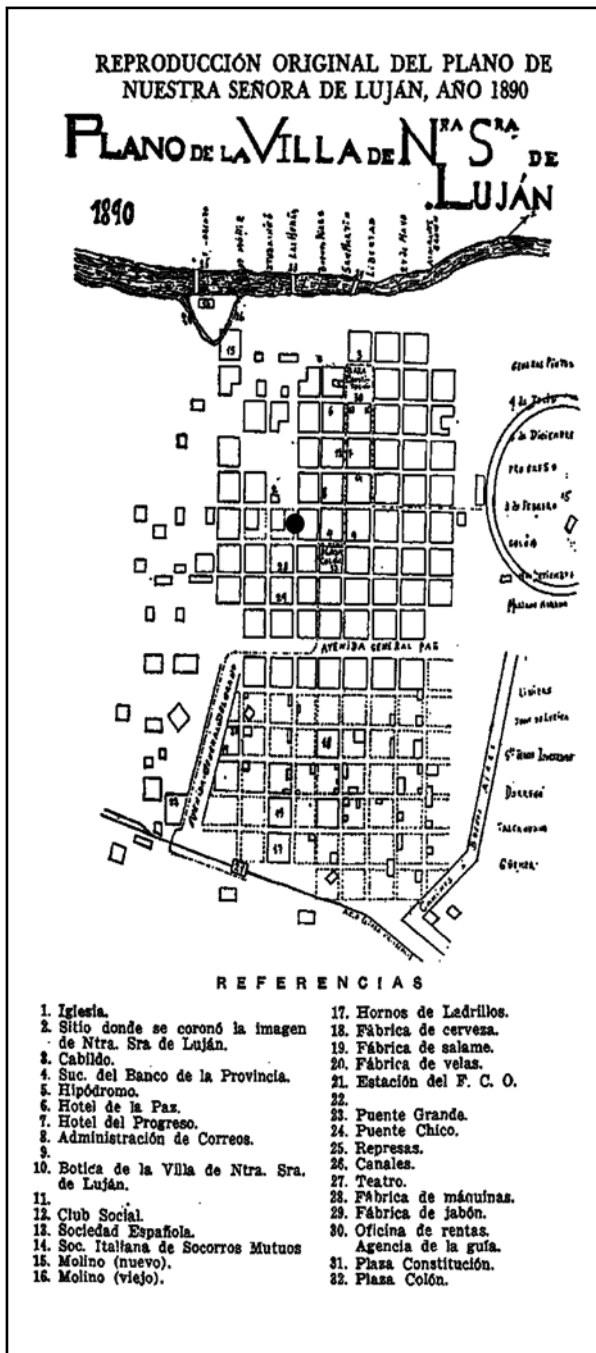


Figura 1. Plano de la Villa de Luján hacia finales del siglo XIX. El punto negro indica la ubicación de la casa de los Ameghino en Las Heras 466 / *Late 19th century map of the Luján village. Black dot indicates the location of the Ameghinos' house at Las Heras 466.*

le resultaba extraña (Barbero y Ceva, 1997). De todas formas, era una continuidad de ese pasado áureo al que pensaba se había renunciado innecesariamente (Yangüez, 1944, p. 312-316). Cuando llegó a Luján, en cambio, las cosas eran distintas. Recién arribado, la estación de trenes, tan diferente de la actual como la Villa de la ciudad, lo impresionaron solo medianamente. Apenas algunos edificios destacados en la

plaza, entre los que se encontraba el almacén de ramos generales en que había venido a trabajar, de dos pisos, al lado del templo. También algunas buenas casas, de las familias principales. Todavía estaba en pie el viejo Cabildo, sede de las autoridades municipales y la prisión. Pero sobreabundaban los terrenos baldíos y los ranchos, en las orillas, aunque los lindes de la ciudad no quedaban muy lejos, pudiéndose los llevar hasta el Boulevard La Plata. Después, hasta las vías del ferrocarril, se prolongaba el heterogéneo mundo de las quintas pobladas por inmigrantes europeos, particularmente italianos septentrionales y genoveses. Al norte, siempre por referencia al templo y la plaza, estaba uno de los barrios más antiguos de la Villa, demolido luego para la construcción de la avenida procesional. Mientras que al sur, la edificación se extendía raleada hasta el Camino Real de la colonia, que atravesaba la ciudad rumbo a Buenos Aires, y el puente sobre el río, que la unía con el resto de la provincia. Más allá estaban las chacras y quintas de la otra banda, en las tierras que antes fueran de la estancia de la Virgen.

En tan escueto espacio, sin embargo, se desarrollaba una intensa y muy animada vida, en donde el desarrollo de las actividades comerciales y artesanales relacionadas con el campo, y los inmigrantes, jugaba un papel central. Aún así, no era cuestión de exagerar, según Yangüez (1944): "...muy lejos estaba su edificación de ser lo que ya era al terminar el siglo...". Sin dudas tiene razón pues, según el censo de 1869, de las 1522 casas registradas en el partido, a un promedio de algo más de seis personas por hogar, 862 eran de paja y 139 de madera lo que representaba, y este es ciertamente un detalle no menor, algo más del 65% del total de las viviendas que nos hablan de las condiciones de vida la gente (Primer Censo Nacional de 1869 de la República Argentina). Las casas de madera eran todas ellas de un cuerpo mientras que por contraste había 521 casas de azotea, aunque solo 10 de dos cuerpos en la ciudad, lo que coincide con la descripción de Yangüez de unas pocas casas notables. Pero aún así, y en eso tampoco se equivoca "... la Villa de Luján era considerada [como] una de las poblaciones más importantes de la provincia" (Yangüez, 1944, p. 24). Lo que quizá se relacione con sus 3393 habitantes que, en 1869, la hacían la quinta entre las poblaciones más habitadas de esa misma jurisdicción, después de la ciudad de Buenos Aires, Chivilcoy, San Nicolás, Mercedes y de una Barracas muy pronta a incorporarse a la Capital. Mientras que, las 10526 personas residentes en el partido, lo hacían el segundo distrito más poblado de la región norte (detrás de Chivilcoy) y en el tercero de la provincia, por debajo de 25 de Mayo (en Primer Censo Nacional de 1869 de la República Argentina).

Nótese, sin embargo, que lo principal de ese incipiente dinamismo residía menos en la urbe que en el campo que la rodeaba y al que servía. Para que nos hagamos una idea en 1869 en la campaña vivían 7133 personas, muchas inmi-

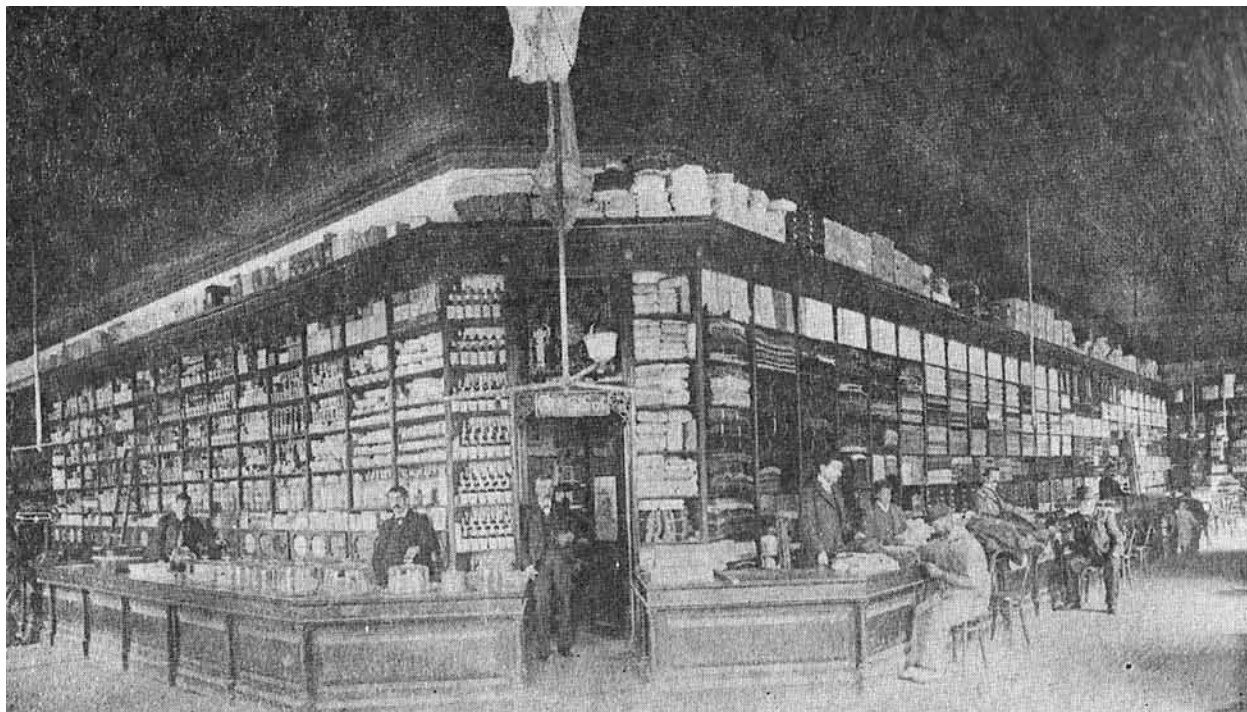


Figura 2. Almacén de ramos generales “El Sol” de Luján perteneciente a los hermanos Nicolás ca.1870 / “El Sol” Old grocery store of Luján that belonged to the Nicolás brothers ca. 1870. Archivo fotográfico y biblioteca F. de Monjardian.

grantes, cerca del 70% del total del partido y se concentraban las principales actividades económicas. El fruto de esa actividad tenía por destino no sólo a la Villa, sino que, a través de la estación del ferrocarril inaugurada en 1864, encontraba desemboque también en los pueblos vecinos y la ciudad de Buenos Aires, alcanzando a través de su puerto los circuitos de exportación. Ciudad y campaña, en una palabra, eran una unidad y era imposible pensar a la una sin la otra, como bien lo trasuntan las páginas de las memorias de Yangüez. Porque si la ciudad necesitaba alimentos, y variados después de la llegada de inmigrantes poseedores de nuevos hábitos de consumo, obteniéndolos de la campaña; ésta necesitaba a la vez numerosos insumos para la producción y para el abastecimiento de sus habitantes, que los compraban en la Villa, desde donde además si no eran traídos desde afuera, eran fabricados, diversificando empresas y modos de producción.

He aquí también, se descuenta, la raíz de ese dinamismo mercantil, que tan bien se retratan en las memorias, en una época donde cada esquina era sinónimo de comercio. Equivalente en el centro además a almacén de ramos generales, la mayoría de emigrados españoles, en donde se conseguía prácticamente de todo y que eran el principal punto de concentración los días festivos, en las reuniones “domingueras”, cuando bajaban los “...quinteros y gentes del campo en general...”, en especial esa “irlandesada”, proveniente no sólo de Luján sino de los partidos vecinos y que, luego de escuchar misa en su idioma de boca del padre O’Reilly, se reunían

con parientes y amigos, además de su sacerdote, en alguno de los almacenes de las esquinas de la plaza. En particular, en el de los hermanos Nicolás (Fig. 2), donde trabajaba nuestro inmigrante, porque estaba al lado del templo y tenía un gran corralón, donde alojar carretas y caballos. Impensada consecuencia de la composición de esa clientela, el personal de la casa debía aprender inglés, cosa que hacían “de oídas y rutinario y sobre todo, en cuanto la conversación se relacionaba con asuntos de negocios” (Yangüez, 1944, p. 37-38). Esa anécdota revela mejor que ninguna, además del cosmopolitismo en ciernes que en una fecha tan temprana se advertía en un pueblo rural que en general obedecía a las características de los de las zonas de antigua ocupación de la provincia, aquel detalle que antes comentábamos, la integración existente entre ciudad y campaña, que se manifiesta ahora en lo social y hace difícil precisar dónde termina una realidad para que comience la otra. A no ser, claro está, que partamos de formas de estandarización, como las que usa la demografía que, aunque necesarias y útiles, excluyen la vida cotidiana de la gente. Un cierto esfuerzo será necesario, sin embargo, para instituir variables creíbles que, a los efectos analíticos, nos permitan distinguir esos dos ámbitos y expliquen su progresivo divorcio, que muy arbitrariamente Yangüez coloca como epílogo de su relato, tomando a la construcción de la Basílica como línea divisoria entre épocas y modelos de organización económicos y sociales, que difícilmente pensara pudieran congeniar nunca.

Era esa imagen, que contrasta con su experiencia como

precoz habitante del pueblo, el mismo espíritu que anima a Florentino Ameghino, aunque apoyado en convicciones más profundas, guiándolo en un debate donde confronta abiertamente esa concepción religiosa que ahora Luján encarna mejor que nadie, aunque fuera desde ese lugar que su figura se proyectó al mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Archivo del Complejo Museográfico Enrique Udaondo Juzgado de Paz**, Censo de Ciudadanos y Sementeras 1854. Registro Estadístico del estado de Buenos Aires 1857, Buenos Aires 1858.
- Barbero, M.I. y Ceva M.** 1997. El catolicismo social como estrategia empresarial. El caso de Algodonera Flandria, 1924-1955. Anuarios IEHS 12: 269-292.
- Cacopardo, M.C.** 1997. La inmigración italiana temprana en un área rural de Buenos Aires: familia y trabajo en Luján en 1869. Universidad Nacional de Luján, Cuadernos de Trabajo 2: 10-72.
- Cacopardo, M.C. y Moreno, J.L.** 1994. La familia italiana y meridional en la emigración a la Argentina. Edizioni Scientifiche Italiane, Nápoli, 179 pp.
- Cortabarría, J.J.** 1986. La población del partido de la Villa de Luján en 1836. Presente, 12 de diciembre de 1896.
- Cúneo, N.** 1940. Storia dell'emigrazione italiana alla Argentina. Garzanti. Milan, 387 pp.
- Chiaromonte, J.C.** 1988. Notas sobre la presencia italiana en el Río de la Plata a mediados del siglo XIX. En G. Rosoli y F.J. Devoto (Comp), *L'Italia nella società argentina*, Roma, CSER, pp.17-41.
- Chiaromonte, J.C.** 1991. Mercaderes del litoral. Economía y sociedad en la provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX. FCE, Buenos Aires, 275 pp.
- Devoto, F.J.** 1994. Liguri dell' America Australe: reti sociali, imagini, identità. En A. Gibelli y P. Rugaflori (Eds.), *La Liguria. Storia d'Italia*, Einaudi, Torino, pp. 653-688.
- Devoto, F.J.** 2006. Historia de los italianos en la Argentina. Biblos, Buenos Aires, 489 pp.
- Dorronzoro, M.** 1950. Pago, Villa y ciudad de Luján. Tupa, Buenos Aires, 362 pp.
- Empadronamiento de la ciudad y la campaña 1836.** Villa de Luján. Julio 2 de 1836, año 27 de la Libertad, 21 de la Independencia y 7 de la Confederación Argentina. Archivo General de La Nación. X-25-2-4.
- Gutman, M., Marquiegui D.N. y Fernandez. M.** 1996. Le trasformazioni dello spazio urbano. En: G. Piccinato (Curador), *Alla ricerca del centro storico. Il caso di Lujan*, Franco Angeli, Milan, pp. 98-131.
- Ludueña, E.** 2011. Historia del Museo Casa Ameghino de Luján. Asociación Paleontológica Argentina, Publicación Especial 12: 11-19.
- Marquiegui, D.N. y Fernández, M.** 1996. Convergencias. Las etapas del proceso de urbanización en una ciudad antigua de la provincia de Buenos Aires. El caso de Luján (República Argentina). Siglos XVIII a XX. Revista de Historia de América 123: 129-152.
- Marquiegui, D.N. y Binetti, J.M.** 2005. Lapidés clamabunt (las piedras hablarán): el debate sobre la construcción de la Basílica de Nuestra Señora de Luján. Trabajo presentado ante el Grupo de Estudios de Historia de la Iglesia, Instituto Ravignani, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Nascimbene, M.** 1986. Los derroteros desde Génova en el mundo ibérico, en América y en el Río de la Plata. En: M. Nascimbene (Ed.), *Historia de los italianos en la Argentina, 1835-1920*. Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos, Buenos Aires, 138 pp.
- Piccinato, G., Enrique Hardoy, J.E., Gutman, M., Marquiegui, D.N. y Fernández, M.** 1996. Alla ricerca del centro storico. Il caso di Luján. Franco Angeli- Istituto Universitario di Architettura, Dipartimento di Urbanistica, Università di Venezia, Milano, 144 pp.
- Primer Censo Nacional de 1869 de la República Argentina.** Imprenta El Porvenir, Buenos Aires, 1872, pp. 84-85.
- Ravignani, M.E.** 1989 Historia de la Escuela Pública en el partido de Luján. Dirección de Cultura, Luján, 32 pp.
- Sábato, H.** 1989. Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890. Sudamericana. Buenos Aires, 317 pp.
- Yangüez, C.** 1944. [Memorias de Carmelo Yangüez, Luján, 1944, Archivo y Biblioteca Federico F. de Monjardín. Inédito].

Recibido: 15 de marzo de 2011

Aceptado: 7 de septiembre de 2011